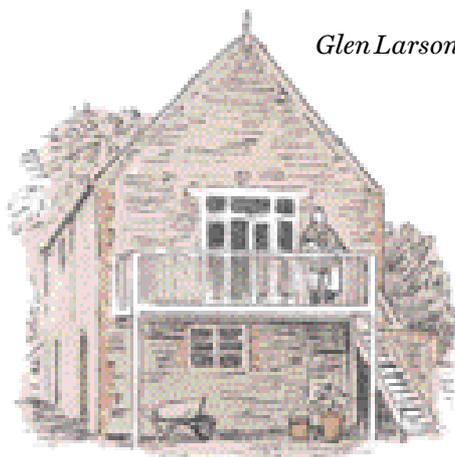


Retiro Stonefield



Dr. Glen Larson, traductor (MFA, Universidad de Arkansas, PhD, Columbia, actual profesor invitado en la London Media University)



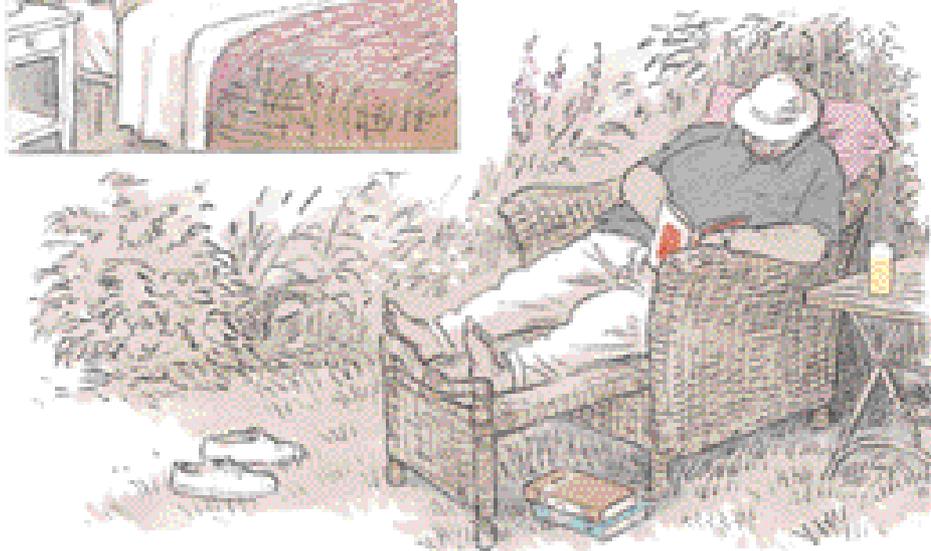
Glen Larson **E**s mi segunda estancia en Stonefield. Pasé una semana aquí en Pascua y decidí venir un par de meses del sabático que conseguí que me concedieran (o de mi “puñetero ganduleo”, como lo llaman mis colegas).

La última vez me tocó en otro granero, en una habitación llamada Garsington. Ahora estoy en Bateman, cerca de la casa principal. Esta tarde hace calor. Conecto el ventilador, recorro a la neverita, pongo los pies en alto y suspiro disgustado.

¿Disgustado por Stonefield? Eso podría parecer hasta malsano, sobre todo comparándolo con el barrio tóxico de Londres en que vivo, o con los otros retiros en los que he estado, como el de Andalucía (apagones, mosquitos) o el de Yorkshire (salidas de incendio que chirriaban, lasaña con curri, habitaciones donde se te congelaban los huevos).

Supongo que lo que me molesta de Stonefield es su lujo, su descarada comodidad. Hay algo muy corruptor en las almohadas de plumas de ganso, las sábanas de fino percal, las cómodas butacas, los fuegos de chimenea, las voluptuosas tumbonas a la sombra, la comida y el vino buenos de verdad. Todo esto me incomoda, porque, ¿acaso un escritor no debería vivir como un cerdo en una pocilga si quiere que le visiten las musas?

Beth Hardiman lleva el lugar con tanta discreción y eficiencia que todo resulta muy relajado. Es como tener sirvientes, lo cual también resulta nocivo. Creo que debería pedirnos a los escritores que ayudemos, aunque sea con un trapo de cocina, pero nunca lo hace. “Tenéis cosas mejores que hacer”, diría. Es una mujer de las que escasean, alguien que comprende cómo funciona el proceso creativo, la preocupación, las largas horas de melancolía.

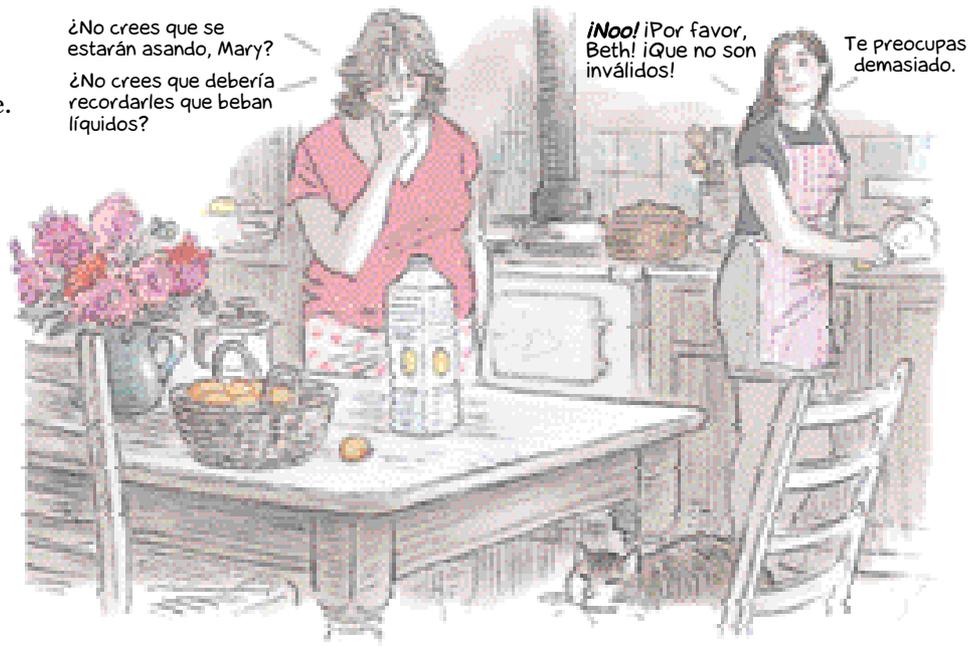


Pero, en fin, Stonefield tiene sus cosas positivas: su aislamiento, claro; el profundo, profundo silencio; y, a juzgar por mi última visita, nadie a quien no poder ignorar sin problemas. Los colegas escritores que haya serán así, silenciosos y de los que no arman ruido, de clase media, con más de treinta y cinco años, ni pobres ni necesitados, como en Londres. En otras palabras, nadie por el que pueda sentirme mal.



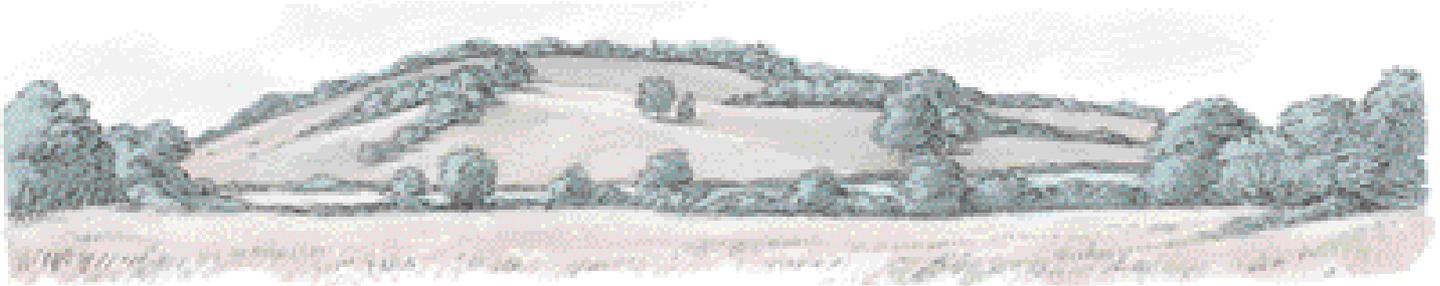
Beth Hardiman:

El huevo, probablemente de una de nuestras gallinas, se ha cocido en el oche. Una parte se descascarilla sola, necesito una esponja húmeda para el resto. Dios cómo pica el sol, más que nunca. La casa está bastante fresca, pero me preocupan los graneros. Hay seis escritores viviendo aquí...



Bueno, alguien tiene que preocuparse cuando se lleva un sitio como Stonefield. Hay que pensar constantemente en los riesgos: salmonela, escritores resbalando, escaldándose o electrocutándose. Al menos no nos echarán la culpa por esta ola de calor.

Pienso en mi marido Nicholas, en el cobertizo. Escribe ocho páginas diarias sea cual sea el clima. Extrañamente, no lo ha hecho en las últimas semanas. Cada vez que voy a recoger como siempre el trabajo del día, no hay nada para mecanografiar. Sólo encuentro a Nicholas, atascado y meditabundo. Le dije que sería por el calor. Él respondió que sí, que sería por eso, pero no creo que sea el motivo. Sé lo que es un bloqueo de escritor, como sé que no debo mencionarlo. Oh, pobre Nicholas. El libro debía estar terminado para la campaña de navidad, y será la primera vez que falle en una entrega. Me lo imagino encerrado en el cobertizo, sufriendo por la construcción de una frase o, más bien, mirando al vacío.

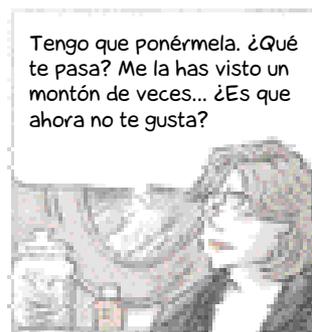


El día siguiente es más fresco, lo cual está bien. Vamos a una fiesta en Londres y pasaremos la noche en el piso. Nuestra hija se ha mudado allí y el único aspecto positivo del viaje será poder verla. Aparte de eso es un incordio. No sólo por el viaje, sino por las molestias previas: hacer que Andy se ocupe de las gallinas, pedirle a Mary que se quede al cargo. (A ella no le importa, pero a su marido sí. Dice que la exploto).

No tengo nada que ponerme para la ciudad pero no me importa. Tampoco tengo nada que me siente bien o que disimule cuánto he engordado. Sólo un traje de lino. En el espejo aparezco grande, negra y blanca. Como una orca.

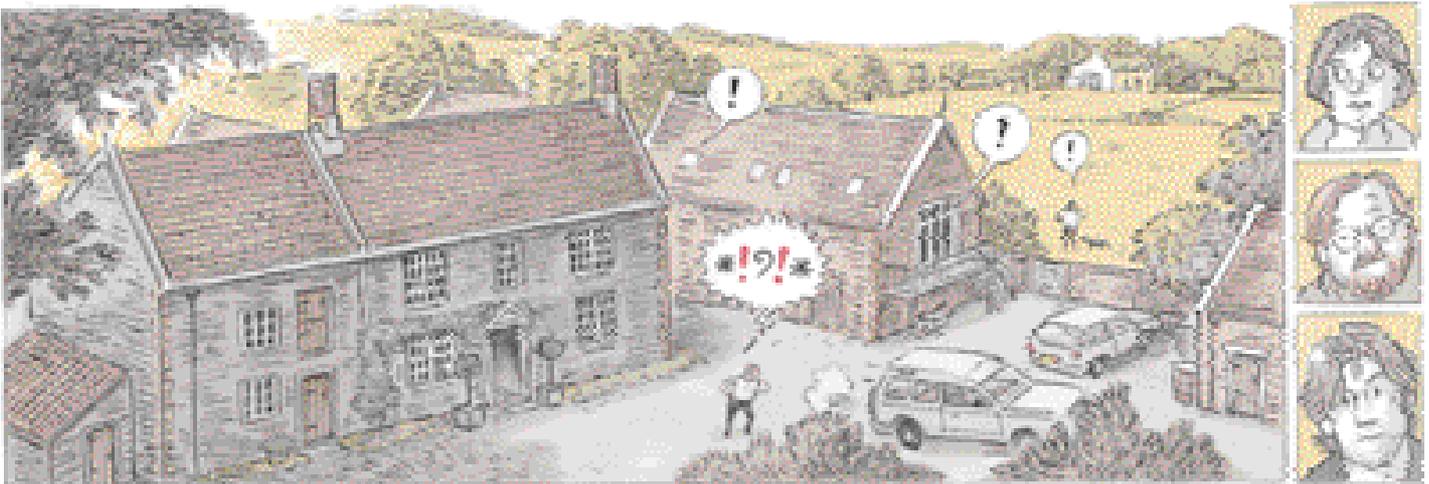


Hace más de una hora que Nicholas está listo. Ha venido tres o cuatro veces al dormitorio, rebotando tensión. Pero vamos bien de tiempo. Tenemos de sobra para el viaje; la fiesta es para un autor con unas ventas medianas, así que no hay peligro de que haga sombra a Nick. Todo lo contrario; se dará importancia, podrá flirtear y seducir, se enterará de los cotilleos. Conduzco yo, así que él podrá beber lo que quiera... ¿Qué le preocupa?



Es la forma en que dice esto último, demasiado deprisa, la forma en que coge las llaves del coche lanzándolas al aire. De pronto me doy cuenta. Lo ha preparado todo. No quería que fuera y ha sido pan comido hacer que me quedara. Tiendo a dejar de hacer cosas cuando creo no tener buen aspecto. Y lo sabe.

¿Por qué no quiere que lo acompañe a Londres? ¿Tan gorda y poco atractiva estoy como para que no quiera que me vean con él? ¿Y si está enfermo? ¿Ha ido para saber si tiene un cáncer terminal? ¿Me va a comprar un regalo de cumpleaños? ¿O se está viendo con alguien? Sí. Sale con otra mujer; eso lo explica todo, incluso por qué no trabaja. ¡Tiene un lío! Tampoco sería la primera vez. Pero antes me enteraba de sus deslices porque más o menos me los contaba él. Tenemos ese acuerdo: hago como si nada a cambio de que sea honesto. *Siempre me dice que soy el centro de su vida. Que no podría hacer nada sin mí.* ¿Por qué será tan puñeteramente retorcido?

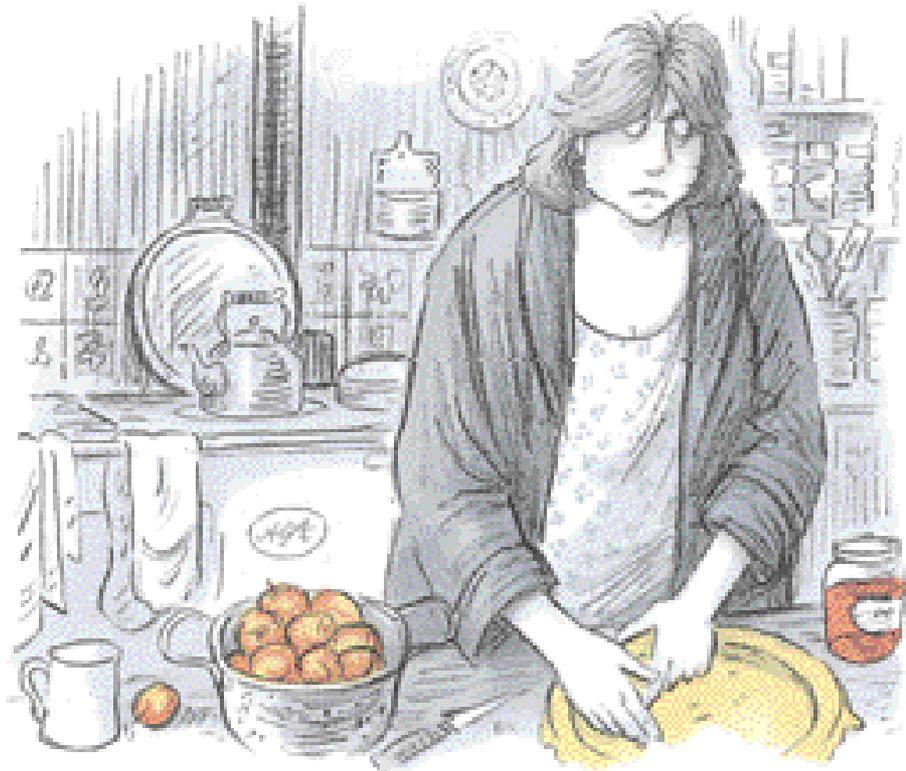


Al día siguiente.

Me encierro en mi cuarto y no salgo. (Gracias a Dios que está Mary para atender a los escritores). Paso una noche espantosa y me levanto a las cinco para cocinar. No hay noticias de Nicholas.

Al principio esperaba que volviese o que me llamara desde el timbre del camino, o al menos desde Londres.

Normalmente suele arreglar las cosas casi inmediatamente después de una de nuestras contadas broncas; andar enfurruñado le consume demasiada energía creativa. Esta vez la cosa es grave. Sé que puedo dar por acabado el matrimonio, que me he portado como una idiota, que es la primera vez en veinticinco años que reacciono tan mal, gritándole, obligándole a elegir entre... *¿Con quién diablos estará? ¿Se lo habrá dicho a nuestra hija? ¿Le pongo un e-mail a nuestro hijo Fred, que está de excursión en Queensland? ¿y Qué le digo? "Papá y yo nos separamos. Me deja por otra..."*



Y luego está la vergüenza que voy a pasar aquí. Lo de ayer fue imperdonable; alteramos la paz de los escritores. Debieron enterarse todos. Como mínimo, nos oyó Andy Cobb. Esta mañana, cuando llegó con la verdura, fue directo al grano. Sé que intenta ser amable, apoyarme, pero no soporto eso, por mucho cariño que le tenga.

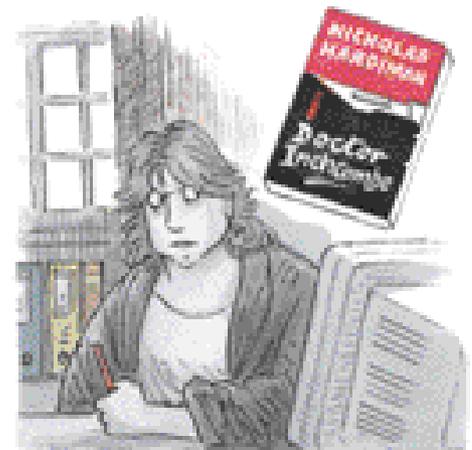


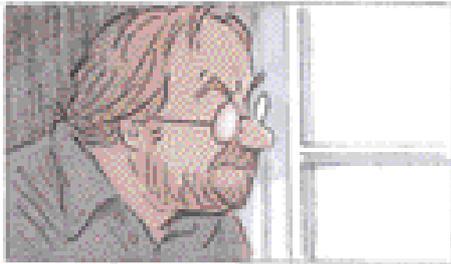
Pero Andy tiene razón. Cuando pienso en todo lo que hago por Nick (voluntariamente, todo sea dicho): *Yo llevo la casa, y me ocupo de los escritores y de los dieciséis acres de la finca. Yo me ocupo de los niños y de los empleados, Andy y Mary. Yo me ocupo de las facturas, de las cuentas, de los impuestos, del alquiler de los campos y de las montañas de papeleo del gobierno. ¿Se ha preocupado Nick alguna vez por los tejemanejes del nuevo programa de subvenciones?*

Yo proporciono a Nick paz y libertad para que escriba. Y no sólo eso. Yo transformo sus hojas escritas con una letra horrenda en folios mecanografiados a doble espacio. Yo corrijo, me documento, contribuyo a sus argumentos, hago que sus personajes femeninos sean convincentes, le sugiero nombres y títulos ("Doctor Inchcombe" fue idea mía).

Y, sobre todo, le protejo. Soy yo quien mantiene contentos a sus lectores, quien responde a los fans, a las peticiones de conferencias, a estudiantes, a escritores neófitos y a toda la gente que le hace perder el tiempo. Hasta imito su firma.

Es gracias a mí por lo que los lectores de Nicholas Hardiman lo consideran una persona decente, encantadora y generosa. No podría hacer nada sin mí, ¿verdad?





La bronca de Beth a su marido fue una sorpresa, además de una enorme molestia. Me desconcentró por completo.

Hasta ese momento me iba de miedo, trabajando por las mañanas en la traducción, y dedicando las tardes a la novela biográfica de Verlaine (cuarto borrador). Pero la pelea de los Hardiman me recordó otra escena, una que intento olvidar. Bueno, tampoco es que fuera una gran pelea, sólo se oía el tranquilo acento escocés de Maggie, más triste que enfadada. Apenas han pasado diez días...



¡No! ¡Es inútil, Glen!

He perdido dos años de mi vida esperando a que dejaras de esquivar el tema...

Tengo 36 años... y no seguiré esperando.

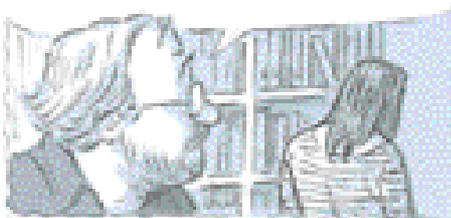
Espero no encontrarte aquí cuando vuelva del viaje...

Ah... ¿Tan pronto?... er... Encontrar alguna cosa será... er... ¿No podría quedarme hasta que...?

No. ¡Quiero que te vayas! ¡Que te hayas ido antes de mi vuelta!



Maggie... Yo nunca... De saber que pensabas así, yo... Dios, pero si decías no querer hijos, ¿recuerdas? ... Que tu carrera ... Oh, esto es horrible... Es...



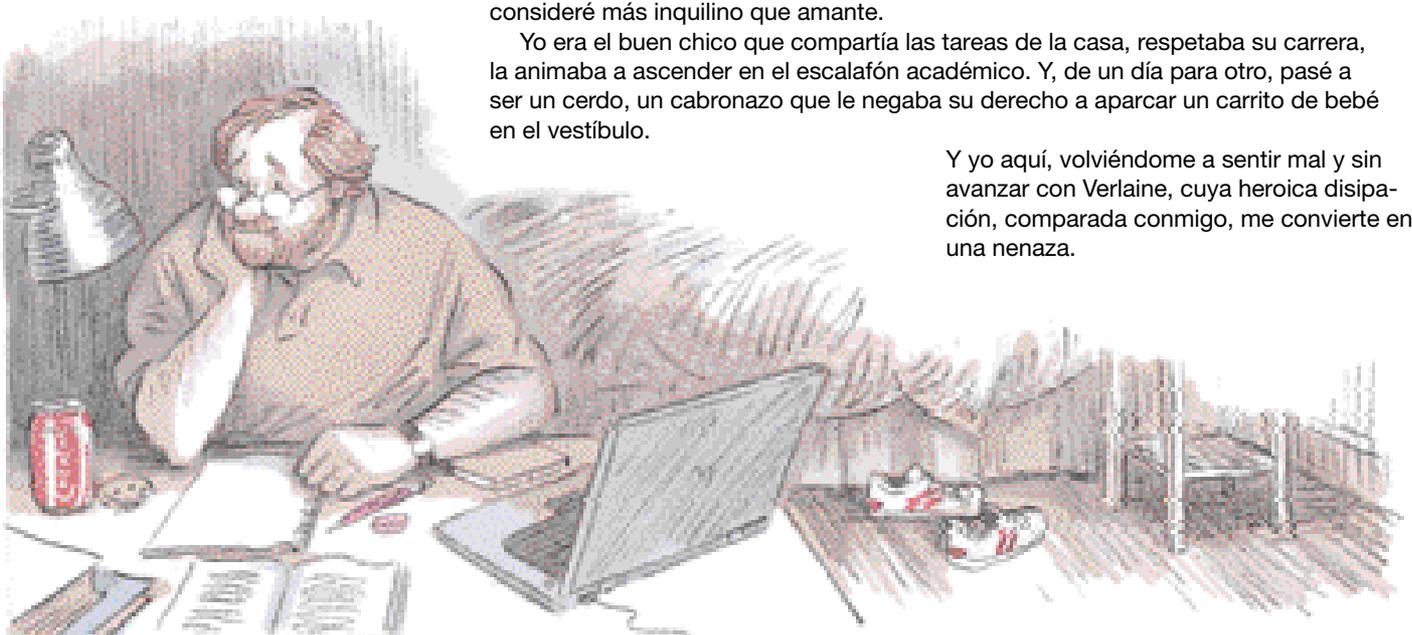
Al día siguiente, Maggie se fue a su viaje para estudiar la vida entre mareas o algo así, dejándome para que me trasladara fuera de su apartamento. Bueno, para que trasladara mis cosas unos metros fuera del dormitorio, al cuarto desocupado que, de forma indulgente o tonta o astuta, me sugirió que usara como almacén mientras me buscaba otro sitio. Igual pretende retener como rehén mis libros y mi ropa de invierno; puede que albergue la esperanza de que vuelva con ella.

La verdad es que la ruptura ha sido un alivio. Me gusta Maggie, pero no la quiero, o no la quiero lo bastante como para mantener con ella una relación de matrimonio e hijos. Ya tengo ex-mujer en Estados Unidos, que a Dios gracias se volvió a casar.

Además, la relación con Maggie nació de conveniencias mutuas: su apartamento estaba cerca de la universidad y el alquiler que yo le pagaba le aliviaba la carga de la hipoteca. Éramos colegas. Vale, teníamos alguna relación de cama, pero siempre me consideré más inquilino que amante.

Yo era el buen chico que compartía las tareas de la casa, respetaba su carrera, la animaba a ascender en el escalafón académico. Y, de un día para otro, pasé a ser un cerdo, un cabronazo que le negaba su derecho a aparcar un carrito de bebé en el vestíbulo.

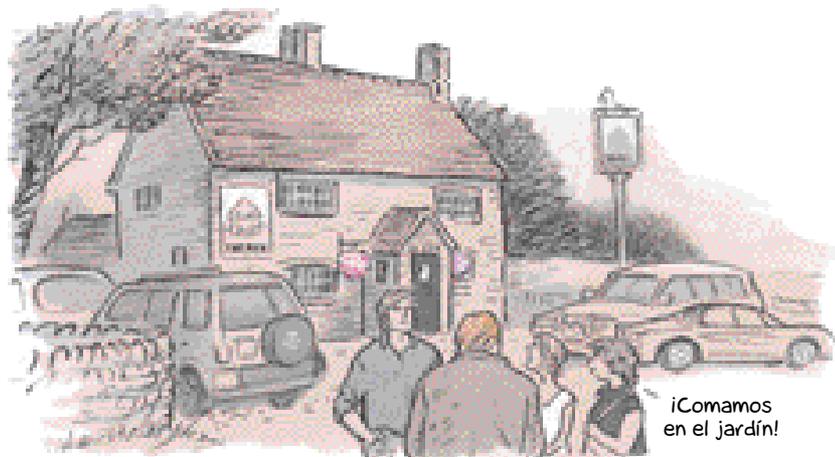
Y yo aquí, volviéndome a sentir mal y sin avanzar con Verlaine, cuya heroica disipación, comparada conmigo, me convierte en una nenaza.



Son las nueve de la mañana siguiente y estoy en el baño, el que nadie usa, junto a la puerta lateral de la casa principal. Tiene libros, fotos enmarcadas de los éxitos de Nicholas Hardiman y, sobre todo, un inodoro sólido y resistente. No me gusta utilizar esos inodoros elegantes que sobresalen de la pared que hay en los baños de los escritores, por razones que entenderán los compañeros gordos. De hecho, Beth Hardiman lo entendió nada más enseñarme la habitación la primera vez que vine, hace dos años. Sólo tuve que mirar la taza para que lo pillara a la primera.



—**A**h, por cierto, Glen —dijo—, en la casa principal hay dos baños. Úsalos cuando quieras. Y eso hago. Pero como resulta un tanto grosero ir a casa de alguien sólo para plantar un pino, mido mis visitas y entro y salgo sin que nadie me vea. Estoy seguro de que Beth está arriba, en la bañera, y Nicholas... Bueno, ¡acaba de dejarla, por el amor de Dios! Mejor dicho, y como no pudimos dejar de oír todos, Beth le ha echado. Anoche no pudimos dejar de comentarlo. Dos escritoras, Andy el jardinero y yo. Dimos un paseo hasta The Rick que, como Andy nunca se cansa de decir, antes fue un viejo pub, The Stag and Hounds.



¡Comamos en el jardín!



¡...pero darle un ultimátum! ¡Obligarle a elegir entre su amante o ella! Un tanto precipitado, ¿no creéis?



Puede que Nick no vuelva...

Yo le querría de vuelta.

Puede que sea eso lo que quiere Beth...

¡Yo no! ¡Se lo tiene demasiado creído!

Supongo que si se divorcian tendrían que vender Stonefield... Repartirse el dinero...

¡Dios, Andy! ¡Podrías quedarte sin trabajo!



Perdonad, pero, ¿podríamos dejar el tema? ... Beth es una amiga... Ha sido muy buena conmigo...

Oh, perdona, Andy.



Y aquí estoy, todavía en el baño. Por culpa de las botellas de Coonawarra, el grasiento pato con patatas, la crème brulée con pasas y ron y esa cosa pringosa de chocolate que ayudé a Andy a terminar, hoy no va a ser un buen día para traducir a Benjamin Péret. Sólo alzo la cabeza al oír pasos en el camino de grava y a través del cristal esmerilado consigo distinguir a... ¡Dios mío, es Nicholas Hardiman!



Me doy cuenta enseguida de que la escena de reconciliación entre los Hardiman (o de separación final, ¿quién sabe?) tendrá lugar en el recibidor, a sólo unos metros del baño en el que me subo torpemente los pantalones mientras pienso frenéticamente en huir. Lo más lógico sería avisarles de mi presencia. Por suerte es un inodoro de los antiguos, con una descarga de agua como las Cataratas del Niágara y un sonoro ruido gorgoteante de absorción. ARRRRHHRRRK. Es lo bastante sonoro. Luego abriré la puerta, me disculparé y saldré corriendo. Ése es el plan. Pero soy demasiado lento; aún sigo forcejeando con la cremallera cuando me para en seco la voz de Beth al otro lado de la puerta.

—¿Qué? —dice ella con dureza—. No, no me toques, no te atrevas. Y Nicholas le responde, no con su habitual tono medido (y debo decir que condescendiente), sino con una voz ronca y rota, horrible de escuchar:



—Oh, Beth, lo siento, lo siento de verdad. No sé si podrás perdonarme alguna vez.

—¿Quién es ella, Nicholas?

—¿Te refieres a...? Oh, Nadia Patel. La conocí en Benton. Se ocupa de los derechos de extranjero. Ha sido muy importante para mí. No te mentaré.

—Era muy importante, pero ya no. Así que no ha pasado nada. ¿Es eso, Nick?

—Beth, ¡no me lo pongas tan difícil!

—¿YO? ¡Tú, Nicholas, eres tú quien lo pone difícil! Ayer prácticamente dijiste que querías irte a vivir con ella.

—No sabía lo que decía... Me pasé todo el viaje a Londres pensando. Y para cuando la vi...

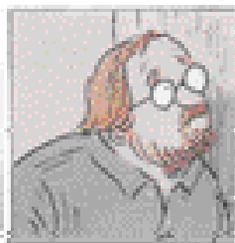
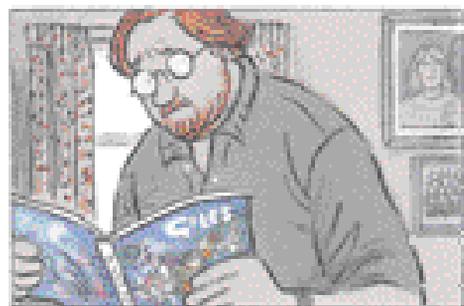
—¿La viste en la fiesta?

—No. En su casa. Le dije... Le dije que se acabó. Que quería acabar con la relación.

—¿Y qué dijo ella?

—Erm. Estaba muy alterada. Pero le pareció que era lo mejor.

—¿Qué conmovedor.



Después se oye el sonido de los sollozos de Beth. Resulta horrible. Y la voz de Nick, apenas audible, persuasiva y consoladora. Y luego silencio, durante el cual alzo el pestillo y echo un vistazo. Tras lo que me parece todo un mes, Beth habla, pero no con tono hostil.

—Mira, debo llevar los cascos al depósito de botellas.

—Pero hablaremos luego, ¿verdad? —dice Nick, con tono urgente—. Te quiero.

Espero. Oigo alejarse un coche, a alguien que suspira y remueve los pies en la grava. Suena un móvil. Unos pasos se apresuran hacia la casa. Se cierra la puerta de atrás. Y vuelvo a oír la voz de Nicholas ante la puerta del puñetero baño.



Ya es seguro salir. Pienso: “Jo, jo. Un macho herido en su orgullo. Menudo mentiroso, diciéndole a Beth que ha dejado a la novia cuando ha sido ella quien *le ha dado la patada* a él. Por eso ha vuelto con el rabo entre las piernas. ¡Qué malo eres, Nicholas!”

Incluso antes de que pasara esto, cada vez que pensaba en Nicholas, si es que alguna vez pensaba en él, lo hacía considerándolo un gilipollas. Un “gilipuertas”, que diría él. Un pijin gilipuertas británico. Por la forma en que se dirige a mí en las comidas como si yo fuera un académico, alguien que escribe sobre Literatura, es decir, un ocioso asalariado que escribe cosas que nadie lee... Como si no me hubiera dado cuenta.

Ohh, a mí que me registren... Eso habría que preguntárselo a nuestro académico...



Nicholas nunca, jamás, menciona sus éxitos, sus ventas, sus adelantos o la mirada de adaptaciones televisivas de sus obras. No lo necesita; está sobreentendido. Si le pregunto por su obra, me invita a despreciarla: “Sólo es una forma de ganarme el pan” dice. “Para nada es algo que perdurará. No como tu trabajo, Glen”. Al hablar de mi patética producción, afirma que escribir un libro de los suyos es algo sencillo, mientras que los míos requieren años de esfuerzo. (He leído uno de sus libros y, sorprendentemente, coincido con la basura que ponen en la contraportada: estaba “escrito con inteligencia”, lo admito).

Pero a Nicholas le encanta exhibirse ante las mujeres, sobre todo ante las escritoras neófitas (y Stonefield atrae a muchas). Le he oído hablar muchas veces con ellas del trabajo duro, de la disciplina y de la soledad del escritor. Las chicas se congregan a su alrededor como tazas alrededor de una tetera.

